

Intervención de Jesús Hernández*

*Vígesima quinta sesión (8 de agosto. Mañana).
Camarada HERNANDEZ (España)*

¡Camaradas!

El informe de nuestro camarada Dimitrof abre, ante nuestros Partidos, una perspectiva de trabajo amplia, justa y bolchevique. De la aplicación correcta de las tareas que en él se trata va a depender el que en muchos países evitemos a la clase obrera y a todo el pueblo trabajador la sangrienta experiencia de la dictadura fascista y que allí donde ella existe precipitemos su hundimiento.

Los hechos de la misma vida subrayan, con una línea de fuego, cada palabra y cada afirmación hecha en su discurso por el camarada Dimitrof. Y estos hechos nos demuestran que allí donde el frente único se realiza se crean todas las condiciones para desencadenar rápidamente las acciones de masa, y que en el proceso de maduración de la crisis política el frente único es una de las condiciones fundamentales para desembocar directamente en grandiosas luchas revolucionarias, en las que el problema del Poder se presenta claramente ante el proletariado. Las palabras del camarada Dimitrof están confirmadas por las grandiosas movilizaciones antifascistas realizadas por nuestro valiente hermano de Francia y por las batallas de octubre en España.

Los combates de octubre en nuestro país han significado, por primera vez en la historia obrera de España, el desbordamiento por las masas de los tradicionales y viejos putchistas del anarquismo, tan flaqueados



Sesión plenaria del VII Congreso de la IC.

ya por Engels en su folleto «Los bakunistas a la obra». Pero, cuando las grandes masas se concentran y unen su acción en circunstancias como la de octubre, las mismas condiciones de esta lucha plantea, con toda precisión, el problema del Poder.

La mejor confirmación de la justeza del discurso y de la tesis del camarada Dimitrof la encontramos en los combates de octubre en Asturias. Allí, la unidad de lucha estaba dada: la Alianza de obreros existía, y la de los obreros y campesinos se efectuó desde los primeros momentos de la lucha. Toda la población trabajadora se enrolaba a la lucha insurreccional. Octubre en Asturias fué una insurrección popular de masas contra el fascismo, o por su propio Poder y el impulso motriz de ellas, el frente único proletario. Por eso se pudo vencer. Y este es nuestro orgullo, pues nadie más que los comunistas hemos señalado siempre ese camino como el único posible para la victoria. (Aplausos.)

A veces vemos también en los juicios

* Intervención publicada en: *Información Internacional. Revista semanal*, 17, 20 de noviembre de 1935, pp. 293-299.
Transcripción de Víctor M. Santidrián Arias

de los enemigos la justeza de nuestra política. He aquí, por ejemplo, la opinión que del frente único tiene Dollfuss español, Gil Robles. Cuando éste respondía a quienes le acusaban de haber provocado conscientemente las jornadas de octubre, decía: «Ciento: yo sabía que la entrada de los ministros de mi Partido en el Gobierno significa desencadenar la guerra civil; pero, no seamos ingenuos. Esperar dos o tres meses más habría sido suicida, pues toda España se hubiese transformado en una inmensa Asturias, y hoy tendríamos los Soviets en España».

En España existía, desde hace muchos años, un profundo abismo que mantenía separadas entre sí a las masas socialistas y comunistas, pero gracias al esfuerzo incansable de nuestro Partido, las diferencias entre los obreros socialistas y nosotros se iban acortando rápidamente y el frente único abriéndose paso.

Para apreciar este proceso y desarrollarlo mencionaremos solamente los momentos más importantes de nuestra lucha en pro del frente único.

Ya antes de la subida al Poder de Hitler, nos dirigimos públicamente a los obreros y organizaciones de base del Partido Socialista, de la U.G.T. y Sindicatos anarquistas para marchar, en común, contra las provocaciones y ataques de la reacción y del fascismo. La toma del Poder por Hitler, que alentó a todas las huestes reaccionarias en el mundo y que, en España, incrementó su insolencia en grado extraordinario, repercutió en nuestro proletariado como un ataque de clarín para redoblar la guerra contra el peligro fascista interior y contra el fascismo alemán. El camarada García os ha referido la grandiosidad de esta campaña de huelgas, manifestaciones y protestas de toda clase contra la barbarie del fascismo alemán. Aprovechando este ambiente, nos dirigimos nuevamente a las organizaciones

socialistas con la proposición de frente único, tomando como base la carta de la I.C. a la Segunda Internacional. Como las veces anteriores, no obtuvimos respuesta alguna.

En las elecciones de noviembre de 1933 repetimos nuestro llamamiento para formar, en común, candidaturas de frente único y de frente antifascista. Nuestra propuesta fué desechara.

Más tarde, con ocasión de los combates de febrero en Austria, propusimos nuevamente el frente único para iniciar toda una campaña de solidaridad internacional con el heroico proletariado austriaco en armas. Esta propuesta mereció el calificativo de provocación, lo cual no impidió que a nuestro llamamiento de huelga respondiesen más de 100.000 obreros, en su inmensa mayoría socialistas. En abril de 1934, los fascistas preparaban una marcha nacional sobre El Escorial. El Partido llamó a todas las organizaciones proletarias, dirigiéndose especialmente a la Ejecutiva del Partido Socialista, proponiéndoles marchar bajo las consignas de «Ni pan, ni tren ni agua para los fascistas». La ola formidable de frente único que iba despertando nuestra tenaz campaña y el deseo de lucha en las masas eran tan poderosos que los jefes socialistas se vieron precisados a declarar la huelga general. Con la misma consigna, meses más tarde, el proletariado de Asturias, en frente único, paralizó en absoluto toda vida de la región ante el intento de otra marcha fascista sobre Covadonga (Asturias). En el umbral de los acontecimientos de octubre, los terratenientes de Cataluña y de toda España realizaron una concentración sobre la capital de la República. Nuestro llamamiento de frente único no pudo dejar de ser oído, una vez más, por la dirección del Partido Socialista, y de nuevo se declaró en Madrid la huelga general.

Se acercaba octubre. La corriente de frente único crecía sin cesar. Los ataques de

la reacción contra las condiciones de vida de las masas despertaban una gran tempestad de protestas y luchas. El deseo de unirse para dar la batalla decisiva desbordaba toda resistencia. Esto llevó al Partido Socialista a crear las Alianzas Obreras, que tenían como objetivo en principio, frenar la corriente de sus propias masas hacia la verdadera realización del frente único en las fábricas y en los campos, una forma de cortar los pactos locales y regionales entre las diversas organizaciones socialistas y comunistas de la U.G.T. y la C.G.T.U. Esto se producía unos meses antes de octubre.

Por ejemplo, en Barcelona hacía más de un año que existía una Alianza Obrera organizada por un renegado del comunismo, Joaquín Maurín, el Doriot de España. Esta Alianza fué constituida como una forma de lucha contra la popularidad de la consigna de frente único lanzada por nuestro Partido. En ella se agruparon el Bloque Obrero y Campesino, los trotskistas y algunos sindicatos disidentes del anarquismo. Y el Partido Socialista tomó este modelo de organización para el resto de España.

Digamos de paso que en estas alianzas, en vísperas de octubre, aún no estaban representadas ni la C.N.T. ni la C.G.T.U., ni los sindicatos autónomos, ni los obreros anarquistas y comunistas, ni los campesinos, ni los obreros parados, ni los obreros uniformados. En tales condiciones, estos organismos pretendían ser lo que fueron los Soviets en Rusia. Sus comités estaban integrados por delegados de las organizaciones, y en ningún caso por delegados directamente elegidos por las masas. Tales eran, en su origen, las Alianzas Obreras en nuestro país. Por todo esto, nuestro Partido las combatió violentamente y con justicia durante el primer período. ¿Por qué y en qué momento fué nuestro Partido a las Alianzas? Nuestra campaña sobre el significado de las Alianzas en el momento de nacer, no

logró impedir que éstas llegasen a adquirir cierta popularidad. Las masas socialistas, que anhelaban el frente único con los comunistas, se encuadraron en las mismas e igualmente algunos sindicatos autónomos.

Por eso, el Comité Central extraordinario, celebrado por nuestro Partido en septiembre, acordó su ingreso en las Alianzas Obreras, sin ocultar el criterio que ellas nos merecían y la labor que cordialmente pensábamos realizar en su interior para convertirlas en verdaderos órganos del frente único de los obreros y campesinos. Nuestro contacto con aquellas masas que formaban las Alianzas podía decidirlo todo. Y, en cierta medida, el resultado de octubre y el ejemplo de Asturias demostró la justezza de nuestra apreciación.

El entusiasmo que esta decisión de nuestro Partido despertó entre las masas fué grandioso. El frente único comenzó a adquirir forma orgánica, adquiriendo cada vez mayor cohesión. Las Alianzas surgían rápidamente. Las relaciones con el Partido Socialista se estrechaban. La influencia del Partido aumentaba a pasos agigantados. En los quince días que precedieron a octubre, la tirada de *Mundo Obrero*, órgano central del Partido, se elevó de 35.000 a 55.000 ejemplares. Pero estábamos en vísperas de octubre cuando este proceso de organización del frente único aún estaba en sus comienzos. Esta fue una de las causas fundamentales de la derrota temporal del proletariado de España. La burguesía quería cortar la ola favorable del frente único, bajo la cual iba a ahogarse. Sabía que a medida que el frente único se organizaba, las consignas del Partido penetraban en las masas con una rapidez vertiginosa, como lo demostró el grandioso mitin de frente único celebrado en el estadio de Madrid, organizado por las Juventudes Socialistas y Comunistas que concentró a más de 90.000 trabajadores que acogían llenos de entusiasmo, las con-

signas de nuestro Partido. Igual sucedía en toda España. Por eso Gil Robles decía que dos o tres meses más y habría sido demasiado tarde para ellos.

En la aplicación de la táctica del frente único hemos cometido errores y faltas. Existen las faltas y los errores. Yo hablaré a continuación de ellos. Pero con todo, es bien comprensible que el octubre en España no caía del cielo. Nuestro Partido, ayudado eficazmente por las Juventudes Comunistas, al lograr, con su tenaz campaña, ir rompiendo el muro que separaba a las masas socialistas y comunistas, creó las condiciones para la gran epopeya revolucionaria de octubre.

Unido a estos esfuerzos en la lucha por el frente único proletario, debemos mencionar la gran actividad del Partido en lo que refiere al trabajo de concentración de las masas populares, cuyos resultados fueron la creación del frente popular antifascista que abarcaba algunos sectores del republicanismo de izquierda, gran parte de la intelectualidad antifascista, etc., los Comités contra la guerra y el fascismo, en los cuales enrolábamos a gran número de mujeres que supieron movilizarse en manifestaciones violentas de calle, en protesta contra la reacción y el fascismo.

Tal era la situación desde el punto de vista del frente único y de la unidad de lucha cuando nuestros bravos proletarios de toda España se lanzaron a la huelga general, a la lucha armada, y en Asturias, León, Euzkadi, Barcelona, etc., empuñaron las armas para cerrar el paso al fascismo.

Aún tronaba la fusilería de los últimos defensores del Poder obrero y campesino en Asturias contra las tropas del general de la contrarrevolución, López Ochoa, cuando nuestro Partido lanzó una vibrante llamada al Partido Socialista, a los obreros anarquistas, a la C.N.T., U.G.T., sindicatos autónomos y todas las organizaciones proletarias,

en la cual, tras analizar las causas del por qué no había podido triunfar la revolución, decíamos: «*Unidos hemos peleado y unidos seguiremos más firmes que nunca. Discutiremos cordialmente las experiencias, los aciertos y los errores de las pasadas batallas. Pero nada podrá romper la unidad de acción y de lucha de los obreros comunistas y socialistas y seguiremos nuestra gran tarea para atraer a los obreros anarquistas a nuestro frente*». Y más adelante, entre las consignas de orden inmediato, decíamos: «*Unidos para formar un solo bloque antifascista, para organizar las Alianzas obreras y campesinas en todo el país*». De esta forma, la bandera de las Alianzas y del frente popular es empuñada, más poderosamente que nunca, por el Partido, después de las batallas de octubre. En este momento nuestro Partido caracterizó así a las Alianzas:

«*Los Comités de la Alianza Obrera y campesina de Asturias se convirtieron en el propio curso de la lucha, y por las necesidades de ésta, en los verdaderos órganos de Poder: en Soviets, con la participación de los delegados campesinos. El ejemplo de Asturias y de algunos pueblos de Euzkadi y Cataluña han acreditado a las Alianzas Obreras y campesinas como los órganos completamente aptos para las luchas diarias y capaces de transformarse, en el curso de la lucha, en órganos de Poder (Soviets)*».

La comprobación, por las masas, de la justeza de nuestras consignas, comprobación hecha bajo el fuego de la metralla de la lucha insurreccional; la comprobación de las teorías que ellos habían defendido hasta octubre; la heroica participación de nuestro Partido en las luchas, en contraste vivo con el sabotaje realizado por el ala reaccionaria del Partido Socialista y por las vacilaciones de los jefes de izquierda, incrementaron, en forma grandiosa, la autoridad del Partido Comunista, no sólo entre los obreros socialistas, sino entre todas las

masas populares de España.

Pero tenemos presente el retraso del crecimiento de nuestra influencia. Hemos oído aquí el balance que presenta nuestro valiente Partido hermano de Austria, y al contrastarlo con el nuestro, hemos sentido todo el retraso de nuestro trabajo.

Vosotros tenéis todo el derecho de preguntarnos las causas que motivan esta situación. Procuraré dar algunos elementos de juicio para ayudar a comprender tal hecho.

A nuestro llamamiento, después de octubre, responde la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista y de la U.G.T., aceptando la constitución de un Comité de enlace entre sus organizaciones nacionales y las de nuestro Partido y la C.G.T.U.. Este Comité hace suya la siguiente plataforma de lucha en común:

1º Ayuda económica y política a los presos y perseguidos de octubre.

2º Campaña por su liberación y por la amnistía.

3º Lucha por la apertura de las Casas del Pueblo y de todos los Centros Obreros clausurados.

4º Lucha por la reconquista de las libertades democráticas del pueblo trabajador.

5º Lucha por la disolución de los sindicatos y organizaciones fascistas.

El plan, en su conjunto, no era malo; prometía grandes resultados, tanto desde el punto de vista de la ampliación del frente único como del resultado político de la lucha de las masas por el logro de dichas reivindicaciones. Pero los impedimentos surgen cuando este plan, para su realización, debe poner en movilización a las masas.

Los camaradas socialistas no comprendían la necesidad de poner en movimiento a las masas por las reivindicaciones económicas de carácter inmediato que sufrían una embestida brutal por parte de la patronal fascista y reaccionaria, y tampoco

para el logro de lo establecido en nuestro plan común. Tenían la concepción de que toda acción política y de sus masas podía incrementar los golpes represivos del enemigo. Por idénticas causas no alcanzaban a ver la necesidad de lanzar, en común, manifiestos con las firmas de las organizaciones que componíamos el Comité de Enlace. Esto ha sido posible realizarlo nueve meses después de octubre, cuando hemos logrado convencer a los camaradas socialistas de la necesidad de firmar un manifiesto en común dando instrucciones para la campaña contra la pena de muerte. En lo que concierne a la organización de las Alianzas Obreras, a pesar de que en todas las reuniones donde este problema ha sido planteado los compañeros socialistas se han mostrado de acuerdo para organizarlas en escala local y provincial, se oponen a organizarlas en escala nacional. Las instrucciones dadas en sus organizaciones de base, por no ser suficientemente precisas, motivan resistencias y vacilaciones que retrasan notablemente la organización de éstas. Pero con todo, gracias al incansable esfuerzo de nuestro Partido y al ánimo de lucha de las masas socialistas, hemos logrado constituir, de octubre a la fecha, más de 200 Alianzas en todo el país, con lo que hemos abierto una perspectiva formidable para todo el desarrollo ulterior del frente único proletario. Algunas Alianzas ya dirigen luchas políticas y económicas y han tomado acuerdos, que se han puesto en práctica, de crear secciones de Alianza Obrera en todos los lugares de trabajo.

Después de octubre se hizo muy general en las masas, no solamente del Partido Socialista, sino también en las sin partido, la impresión de que los comunistas y socialistas marchaban de común acuerdo, y que, en breve tiempo, se fusionarían ambos partidos. Esta creencia repercute de la siguiente forma: de un lado favorablemente, por el

ambiente de fraternidad que se crea entre socialistas y comunistas, pero, de otro, desfavorablemente, porque estas masas no plantean, con la imperiosa urgencia que sería necesario al interior de sus organizaciones, el problema de la unidad y del frente único. Ellas esperan a que el proceso de fusión sea ultimado por ambos partidos. Y en este caso, indudablemente, esta creencia se convierte en un freno.

No menos importante es señalar, por lo que a España concierne, la diferencia en la conducta de los dirigentes socialistas con la de los jefes del austromarxismo, la diferencia entre febrero en Austria y octubre en España.

En Austria, el fascismo iba arrebatando, posición tras posición, a las masas, sin que de parte de sus jefes se hiciese nada concreto en el sentido de lanzar las masas a la lucha por la defensa de las mismas. Las masas veían que el fascismo las devoraba. No les quedaba más que las armas y también iban a quitárselas. Esto produjo el estallido de indignación contra la voluntad de los jefes, salvo excepciones dignas, antes las cuales rendimos nuestras banderas. Esto, unido indudablemente a la heroica y justa participación de nuestro Partido en la lucha, abrió un mundo nuevo ante los bravos proletarios de Austria y a la luz de los hechos vinieron al camino de la revolución, y vinieron y vienen al P.C. de España, donde las masas sacaban justas deducciones de la experiencia alemana y austriaca, ardían en deseos de batirse, y sus jefes de izquierda, tales como Largo Caballero, organizaron, de una u otra forma, la lucha: están perseguidos, sus organizaciones clausuradas, contándose por centenares sus muertos y prisioneros. Esto hace pensar que, a pesar de que las masas vayan comprendiendo cada día más el fracaso de toda la política seguida por el Partido socialista, el hecho de que su Partido ha organizado la lucha,

les hace conservar aún cariño a sus organizaciones y confianza en sus dirigentes. Inevitablemente, esto juega un papel en esta lentitud del desplazamiento de las masas socialdemócratas hacia las posiciones francamente revolucionarias y hacia nuestro Partido.

Pero, en general, podríamos decir que los obreros socialistas en nuestro país van perdiendo rápidamente su fe en el reformismo y en sus métodos seguidos hasta hoy, que buscan ávidamente algo nuevo, que se acercan, cada vez más, a los métodos revolucionarios. Ellos ven en nosotros a los camaradas que luchan con heroísmo, con abnegación sin límites, y los que tienen una línea política en lo general justa. Pero junto a esto también tienen la idea de que somos un Partido todavía no lo suficientemente grande, y vacilan en venir hacia nosotros ya que ellos están acostumbrados a sus grandes organizaciones de tipo socialdemócrata. Es decir, todavía no están convencidos de que nuestro Partido es el nudo más firme contra el peligro fascista. Pero en este error de nuestros camaradas socialistas hemos de confesar que la parte fundamental nos corresponde a nosotros, por no haber sido capaces de convencerlos de lo contrario. Por ejemplo, el camarada García os ha dicho que en casi todas partes nuestros camaradas, en los primeros momentos de octubre observaron una actitud de esperar frente a los socialistas, es decir, esperaban las armas de manos de ellos. Hemos tenido unas ilusiones sobre la capacidad de decisión de la socialdemocracia para llevar a la lucha de las masas consecuentemente hasta el fin. Las masas abandonan a los jefes anarquistas y a sus organizaciones por decenas de millares. ¿Pero adónde van estas masas? A nosotros, no. Los ingresos de obreros anarquistas en nuestras filas son insignificantes. En general tampoco van a las filas del Partido Socialista. Se quedan, pues, fuera

de toda organización. ¿Por qué es posible este fenómeno en obreros de cuya bravura y voluntad en la lucha no podemos dudar? Esta es la gran cuestión, a la cual nuestro Partido no ha sabido, en la práctica, dar la respuesta precisa. Yo creo que ello obedece —aparte de los errores cometidos en el frente del trabajo sindical, por la política seguida acerca de las organizaciones de la C.N.T.—, creo que es debido a que hoy, si bien hemos sido capaces de demostrar a las masas que somos una organización de excelentes agitadores, que emprenden magníficas campañas que ponen en pie a toda España popular, no hemos logrado demostrarles suficientemente, a través de las luchas diarias y en la organización y dirección de las mismas, que somos buenos organizadores y los mejores dirigentes de la clase obrera. Octubre ha corregido gran parte de este importante defecto. Todo esto son manifestaciones del sedimento sectario que aun no hemos podido extirpar en absoluto de nuestro Partido. Y nuevamente vuelve el ejemplo de nuestro Partido hermano de Austria, que con orgullo nos ha mostrado que en su delegación a nuestro VII Congreso vienen una gran cantidad de camaradas que, antes de las luchas de febrero, formaban en las filas de la socialdemocracia, y que hoy están en los puestos de dirección de nuestro Partido hermano.

En España no podemos ofrecer ningún ejemplo significativo en este sentido, y esto hace que, indudablemente, los obreros socialdemócratas no vean el cariño y la confianza en que el Partido deposita en ellos. Esta política estrecha que hemos realizado con los obreros socialdemócratas en España es una de las causas que explican el recelo con que todavía miran a nuestra organización. De otro lado, no se tiene suficientemente en cuenta cuando viene un obrero socialdemócrata a nuestras filas, que él está acostumbrado a unas formas de tra-

bajo enteramente distintas a las nuestras, y a veces, desde los primeros momentos, les damos tal serie de trabajo que le abruma, o desbordan, creando así un ambiente en torno a nuestro Partido de que militar en él significa tener alma de héroes.

Es innegable que entre otras de las muchas faltas que pueden explicar la lentitud del paso de los obreros de los socialdemócratas al comunismo es la tardanza con que nuestro Partido ha proveído de materiales de discusión y de argumentosa todos nuestros camaradas y a las masas en general para deducir las lecciones, enseñanzas y experiencias del fracaso del movimiento revolucionario de octubre. Esto está, en su gran parte, aún por hacer. Y no menos importante es señalar el hecho de que aún no empleamos, con toda corrección, el lenguaje fraternal y persuasivo para convencer en la crítica y en la polémica, sin llegar a herir el sentimentalismo de las masas socialistas. E igualmente no es menos cierto que en nuestra actitud frente a la derecha del Partido Socialista no hemos sabido diferenciar clara y precisamente, ante las masas, cuándo atacamos a la derecha y cuándo criticamos a la izquierda.

Pero el defecto general de nuestro Partido ha sido, indudablemente, el no haber sido lo suficientemente flexibles, con arreglo a la situación de cada momento, en nuestra táctica de frente único. Hoy vemos, con toda claridad, que en las elecciones de 1933, cuando la reacción formó un bloque único para dar la batalla a las fuerzas democráticas y revolucionarias, nuestra táctica debió ser más flexible, a fin de haber posibilitado la formación de las candidaturas de frente único entre socialistas y comunistas y de las candidaturas antifascistas. Desgraciadamente, la estrechez de nuestras tácticas hizo que solamente en Málaga pudieramos dar un ejemplo a todo el proletariado de cómo la lucha en común significa

—a pesar del soborno, del robo de votos, del terror reinante y de la endiablada ley electoral existente— la condición de la victoria. La candidatura antifascista integrada por comunistas, socialistas y republicanos de izquierda triunfó en Málaga por una mayoría aplastante sobre los candidatos reaccionarios. Fue el único lugar de España donde sacamos triunfante un candidato. Después de esta fecha, indudablemente, en nuestras proposiciones para el frente único ha habido elementos de sectarismo, a pesar de que nuestras críticas y nuestro lenguaje se han suavizado notablemente en la forma. Pero es innegable que nuestra política debió ser mucho más amplia y audaz.

Pero los comunistas no solamente contamos la historia, sino que la vivimos. Por eso no podemos conformarnos con registrar estos hechos, sin plantearnos el problema de cómo salir de esta situación. Yo pregunto: ¿podemos esperar hasta el momento en que estos millares de trabajadores se decidan a pedir el carnet de militantes del Partido Comunista? No, camaradas. No podemos esperar porque el enemigo de clase no espera. El fascismo amenazante no nos da el tiempo que precisaríamos. Los acontecimientos se desarrollan con un ritmo vertiginoso. En la actualidad la situación en España está en una encrucijada y pronto va a decidirse hacia un lado o hacia otro. Ciento que las batallas de octubre han impedido la consolidación de la dictadura fascista, pero sería un grave error creer que eso ha alejado el peligro. Por el contrario, cada día redoblan sus esfuerzos y surgen las organizaciones fascistas, con vistas a un asalto brutal, para consolidar la dictadura fascista. Ciento que el heroísmo de nuestra clase obrera, que no se ha sentido vencida ni aun en los días de más negro terror, que alza el puño amenazante, que realiza, en pleno estado de guerra, huelgas y demostraciones de calle, que defiende y disputa a la contra-

rrevolución, palmo a palmo, el terreno, que se pone en pie bajo la bandera empuñada por el P.C. de «*ni una sola ejecución capital y amnistía para todos los presos revolucionarios*», y que esta lucha hace rodar por tierra al Gobierno de la coalición sangrienta de octubre en el mes de marzo; este heroísmo y voluntad de lucha no ha cesado, sino que, por el contrario, crece sin cesar como lo demuestran estas palabras pronunciadas hace días por Gil Robles: «Entre las masas obreras se han conservado las tendencias revolucionarias que tenían antes del 6 de octubre, así como la costumbre de saludar con el puño crispado. Los inspiradores y culpables del movimiento del 6 de octubre no han renunciado a sus ideas revolucionarias. Cada día demuestran que su posición se hace más perseverante, más obstinada. En estos últimos tiempos, sus actividades han alcanzado proporciones tales, que ningún Gobierno que se preocupe por su autoridad puede tolerarlo. Esta campaña —se refiere a la emprendida por nuestro Partido en pro de la amnistía— de los elementos extremistas y de los obreros ha ido acompañada en las últimas semanas de actos de verdadero motín». Lucía, uno de los lugartenientes de Gil Robles y ministro actualmente, al contestar a las preguntas de un periodista que trataba de conseguir una característica más precisa de la situación, manifestó lo siguiente: «¿Qué más quiere usted que le diga? Las organizaciones revolucionarias prosiguen sus actividades en el mismo espíritu y en las mismas proporciones que antes, como si no hubiese sucedido ninguna revolución en octubre».

Claro es que toda esta situación, lucha de masas, dificulta seriamente los propósitos de la contrarrevolución, como asimismo agudiza el envenenamiento de sus propias contradicciones interiores que se reflejan en la lucha de los partidos del bloque gobernante por los diversos intereses eco-

nómicos que representa cada uno de ellos. Estas contradicciones internas en el campo de la contrarrevolución existen en España como en todos los países capitalistas. Pero en nuestro país adquieren una forma especial por el hecho de ser España un país donde predomina el carácter agrario sobre una industria poco desarrollada y atrasada. Esto determina que los vestigios feudales dejen sentir su influencia sobre toda la vida económica y política del país. La burguesía, ni aun en los momentos más favorables para ella, se ha atrevido a liquidar esta situación, pues ello implica en sí un cambio fundamental en las relaciones de propiedad de la tierra, es decir, una reforma agraria, audaz, a fondo, que expropie a los grandes propietarios latifundistas, y satisfaga el hambre de tierra que hay en los esclavos del agro. El miedo a desencadenar la revolución agraria les ha frenado y estancado en la situación actual. Los Gobiernos republicanosocialistas tampoco efectuaron esta obra. Su reforma agraria era un simple balbuceo que ni siquiera puede decirse que fue puesta en vigor, y que hoy han barrido en absoluto las fuerzas de la reacción gobernante.

Esta situación agudiza los antagonismos y choques en el campo de los terratenientes y de la burguesía industrial y financiera, que en España se encuentran enclavadas fundamentalmente estas últimas dentro de los límites de Cataluña y Euzkadi, es decir, en las nacionalidades oprimidas. Los intereses económicos de cada uno de estos grupos se mezclan en España, pues, con el problema nacional. Otras regiones de España están en iguales contradicciones de intereses entre sí. Esto hace que cada grupo trate de resolver sus propios problemas, aun a costa de lesionar el de los demás. Unos propugnan por una política especial con los países de tipo industrial, para abrir paso a los productos agrícolas de España, mientras que los otros la propugnan en sentido

diametralmente opuesto.

Los Partidos que forman la actual coalición gubernamental representan cada uno un sector de estos intereses, y a veces, aun dentro de cada de estos Partidos, se manifiestan diversas tendencias por sus intereses económicos. El Partido de Gil Robles, que es el más poderoso, es el que representa más fielmente a los grandes propietarios de la tierra, y es este Partido el que aspira a ejercer la dictadura fascista. De aquí que dentro del campo de la misma contrarrevolución se hacen voces sobre todo entre la burguesía industrial, en contra de la instauración de una dictadura fascista de tipo personal. Esta situación se agrava constantemente por la creciente crisis económica que atraviesa España.

La balanza de exportación cae en sentido vertical, y la guerra de tarifas entablada actualmente con Francia significa un golpe terrible para la economía agraria que tiene en Francia uno de sus más importantes mercados. Todo esto motiva que los grandes terratenientes busquen la compensación reforzando, de una forma brutal, la explotación de las masas trabajadoras del campo y acentúen la ruina y la miseria de los pequeños campesinos. De aquí que el incendio revolucionario en las capas hambrientas del campo no pueda ser contenido ni apagado, y de aquí que toda la demagogia del Partido de Gil Robles para ganarse a las masas campesinas para la causa del fascismo, a pesar de encontrar un terreno abonado, ya que estas masas depositaron toda su confianza en los Gobiernos republicanosocialistas, sin obtener ningún resultado práctico, no ha penetrado con mucha fuerza debido a que los grandes terratenientes defienden desde el Poder, con uñas y dientes, sus privilegios de tipo feudal. Por eso el problema de la tierra en España es el problema central de la revolución en la etapa actual.

Idénticas características encontramos en la industria. La inmensa mayoría trabaja a menos de la mitad de su rendimiento y con jornadas de trabajo reducidas. Gran número de empresas cierran sus puertas, lanzando a la miseria constantemente a nuevos millares de proletarios, los cuales en España no perciben ninguna clase de subsidio. Toda esta situación repercute, violentamente, en los intereses de la pequeña burguesía que se ve arruinada de día en día y agobiada bajo el peso de los impuestos, lo que produce en ella una gran radicalización, como reflejan sus órganos de expresión «El Heraldo», «La Libertad», «La Humanitat», de Barcelona, y otros, como lo demuestra su participación en el Frente Popular Antifascista, en los Comités de ayuda a los niños de Asturias, en los Comités pro amnistía y en la lucha de la Izquierda Catalana y de otros Partidos de esta significación contra el Poder central. Pero con todo, repito, que esto frena, pero no disminuye, el peligro fascista. Las capas más reaccionarias de la burguesía y de los terratenientes, con su poderosa aliada la Iglesia, todas ellas girando en torno del Partido del fascismo vaticanista que acaudilla Gil Robles, el actual ministro de la Guerra y que cuenta con cinco carteras en el Gobierno, preparan, de forma febril, el golpe fascista, para alejar así, por algún tiempo, el espectro de la revolución obrera y campesina. La fascización de todo el Ejército y del aparato estatal se lleva a marchas forzadas. Abiertamente han comenzado a formarse las secciones de asalto del fascismo, bajo la máscara de un ejército de voluntarios. En los puestos de mando del ejército son puestos los elementos más representativos de la reacción monárquico-clerical-fascista. Y los elementos democráticos y republicanos son relegados o pasados a la reserva. Desde los otros Ministerios se elaboran leyes de descarada médula fascista, tanto para las

asociaciones obreras como para la Prensa, etc.; en tanto que en la política exterior, el Gobierno pretende dar la sensación de que la presencia de una mayoría de ministros fascistas en el Gobierno actual no implica grandes cambios en la situación.

A base de este breve análisis podríamos hacer la siguiente caracterización de la disposición de las fuerzas en España. De una parte, las clases dominantes, chocando entre sí con sus intereses económicos y con grandes divergencias en la táctica a seguir para el aplastamiento de la revolución y la consolidación de la dictadura fascista: los monárquicos y fascistas declarados propugnan por un golpe de fuerza directo, y los otros, que son la tendencia de Gil Robles, que temen la respuesta de las masas, propugnan la realización del «camino alemán» para la llegada del fascismo al Poder. Estas divergencias y la lucha de las masas les ha impedido hasta hoy formar un Partido de tipo totalitario con vistas a la dictadura fascista. Pero sería un error grave no ver los esfuerzos que en estas capas reaccionarias se hace para llegar a concentrarse y organizar sus fuerzas rápidamente. De otra parte, un proletariado templado en el fuego de cinco años de revolución, rico en experiencias revolucionarias, aleccionado por las más diferentes formas de la lucha de clases, desde el Parlamento hasta la huelga general, desde los combates parciales hasta la insurrección armada, pero que todavía está dividido y escindido. Esta es la llaga fundamental de la revolución en España y la fuente donde cobra energías el fascismo. *El problema, pues, se centra actualmente en España en una cuestión de rapidez para ver quién va a unificar antes sus fuerzas: la burguesía y los terratenientes, o los obreros y campesinos.* «El tiempo lo decide todo», decía nuestro camarada Stalin al comenzar el primer plan quinquenal. También para España podemos decir ahora lo mismo. El rit-

mo va a decidirlo todo, va a decidir la suerte del pueblo trabajador de España para todo un período próximo e inmediato. Y es, precisamente, por esto, por lo que no podemos esperar a que las masas vengan a nosotros, a que se convenzan de la necesidad de ser comunistas, para hacerlas marchar por la vía revolucionaria. Sobre nosotros pesa una enorme responsabilidad. Cada semana, cada día, cada minuto que perdemos sin formar el frente único es un regalo inestimable que hacemos al fascismo. De aquí la necesidad de mirar bien la perspectiva que nos ofrece el momento histórico que vivimos. Perfilar nuestra táctica con audacia bolchevique, luchar contra todas las desviaciones de derecha y golpear sin piedad el sectarismo como impedimento principal que atenaza nuestras manos y nuestros pies en los momentos decisivos. Para ello, elementos sobrados nos proporcionan las decisiones de nuestro VII Congreso de la I.C., las cuales encajan completamente para la situación de España, donde, sin menoscabar el peligro fascista, tenemos dados todos los materiales precisos para lograr la victoria del frente antifascista.

Esto nos plantea de lleno el problema del Gobierno de frente único o Gobierno Popular antifascista, tal como lo ha trazado nuestro camarada Dimitrof. Es bien comprensible que en España las masas, después de la experiencia ya sufrida con cinco años de República, no van a querer quedarse en ningún nuevo 14 de abril. Y esto no lo ignora nadie, ni aún los dirigentes socialistas y republicanos. Las masas llenan los mítines de los republicanos pero saludan a estos oradores con el puño en alto gritando: «¡Viva Asturias! ¡Viva Peña, Manso y Largo Caballero!» (*Aplausos*). Y la influencia de esta situación se refleja en la posición de grandes sectores de republicanismo de izquierda, que, en principio, han aceptado, con gran simpatía, la consigna lanzada por

nuestro Partido en el mes de mayo último, para la formación de un frente popular antifascista, como igualmente la de disolución de las Cortes de la contrarrevolución y formación de un Gobierno Popular Revolucionario. Este Gobierno debe cumplir, apoyándose en las Alianzas Obreras y en el Frente Popular, algunas de las tareas más inmediatas que tiene planteadas nuestra revolución, fundamentalmente el problema de la tierra. Desgraciadamente la posición negativa del Partido Socialista ha dificultado hasta hoy la formación amplia de este bloque, pero no dudamos que lograremos convencer a los camaradas socialistas de la imperiosa necesidad de llevar a cabo esta concentración antifascista. De la aceptación de esta propuesta da una idea el hecho de que inmediatamente se comenzaron a organizar en toda España mítines entre republicanos, socialistas y comunistas, mítines que ha cortado la represión del Gobierno de la contrarrevolución, así como la resistencia de los dirigentes socialistas. En Cataluña, por ejemplo, el Partido pudo ligarse inmediatamente con todos los partidos de tipo republicano de izquierda, y organizaciones proletarias y lograr firmas de algunos de éstos para un llamamiento en común en pro de las libertades democráticas del pueblo catalán. Y no es casual que inmediatamente después de este llamamiento revolucionario se convierta en una fortaleza inexpugnable, hecho por nuestro Partido, todos estos partidos de tipo democrático se incorporasen en los Comité Pro Amnistía (*Aplausos*).

Pero no olvidemos que una de las condiciones fundamentales para cumplir esta tarea es la de realizar el frente único proletario. Nuestro frente fundamental —sin ignorar a los anarquistas— son los obreros socialistas encuadrados en el ala izquierda del Partido Socialista. Nuestra labor primordial ha de ser que las barreras que aun

existen entre nosotros y los valientes obreros socialistas, obreros que, a cada minuto, están dispuestos a dar su vida, como lo han demostrado en octubre, con tal de aplastar a la reacción y al fascismo, barreras que están tambaleándose, que vacilan, partirlas en mil pedazos para que el movimiento revolucionario se convierta en una fortaleza inexpugnable, en la que el fascismo se estrelle y no pueda pasar.

En el Partido Socialista hay un ala reaccionaria, a cuya cabeza marcha Besteiro, que no se recata en condensar el movimiento de octubre, que lucha contra la izquierda y que teme y huye del frente único como el diablo del agua bendita. Afortunadamente aun son la minoría, pero representan un peligro creciente, más por la pasividad de la izquierda que por su propia fuerza.

El ala izquierda acaudillada por Largo Caballero es la más numerosa. Podemos decir que, tras de Largo Caballero, se agrupa lo más sano y revolucionario del Partido y de las Juventudes Socialistas. Largo Caballero es un hombre que, por la misma fuerza del desarrollo de la lucha, ha llegado a revisar ciertas conductas, concepciones y actitudes de la tradicional política de la socialdemocracia. Pero el peso de éstas todavía le hace tener dudas y reservas sobre la imperiosa necesidad de la organización plena del frente único, de la unidad de acción, de la unidad sindical, de desarrollar los combates parciales, de ligar estrechamente el movimiento obrero con el movimiento campesino y nacional, como así mismo de la necesidad de abrir, sin perder tiempo, el fuego contra la derecha en el interior de su Partido. Pero cada día está más cerca de este camino. Expresamos desde aquí la esperanza de que este grupo dirigente del ala izquierda del Partido Socialista interpretando el anhelo que palpita entre la inmensa mayoría de los obreros socialistas, no tardará de eliminar sus dudas

y vacilaciones, y la plena unidad de acción entre socialistas y comunistas se efectuará en toda España. (*Aplausos.*)

Autorizado por mi Partido, declaro, desde la tribuna del VII Congreso de la I.C., dirigiéndome a Largo Caballero y a sus amigos, que estamos dispuestos a trabajar, junto con ellos, para crear el frente único, para lograr la unificación en el frente sindical, para marchar hacia el Partido único revolucionario del proletariado, para derrocar la dominación burguesa e instaurar el Poder de los obreros y campesinos en España. (*Aplausos.*) Declaro que tendemos fraternalmente la mano a todos los obreros socialistas y anarquistas, a todas las organizaciones sindicales de la clase obrera para lograr esta finalidad común revolucionaria, y para ahorrar a nuestro proletariado la sangrienta experiencia del fascismo, la vergüenza de los campos de concentración y del patíbulo. Lo mismo decimos a nuestros camaradas anarquistas. Su camino es el trazado por sus propios camaradas de Asturias, que en octubre no vacilaron en empuñar las armas y batirse, junto con sus hermanos socialistas y comunistas, en las barricadas contra el peligro fascista y por el Poder de los obreros y campesinos.

Declaramos desde aquí, apoyándonos en la grandiosa autoridad de este Congreso de la I.C., que estamos dispuestos a elaborar en común con todos los que quieran la lucha contra el fascismo en España, un pacto, unas bases mínimas para la acción conjunta que debe ir desde arriba abajo, desde el centro hasta la última aldea, abarcando a todos los sectores del movimiento obrero. Sobre la base del más amplio frente único proletario, atraer a las masas populares al frente antifascista, encuadrando en él a todos los republicanos de izquierda. La hora actual está cargada de responsabilidad. Entre todos, pues, debemos empuñar la palanca que va a elevar el movimiento de masas

y va a lanzar a todo el pueblo laborioso a la lucha contra el fascismo, y esa palanca no puede ser otra que la del Frente Popular Antifascista. Las masas de la pequeña burguesía urbana y rural, las masas de empleados, pueden y deben marchar bajo las banderas antifascistas junto al proletariado y bajo la hegemonía de éste. La gran experiencia del triunfo del Frente Popular Antifascista, en Francia, con su formidable repercusión en todas las capas laboriosas de nuestro país, nos indica el camino. No hay otra salida. Volver la espalda a estas masas sería un error funesto. La contrarrevolución más negra realiza, en estos momentos, esfuerzos supremos para instaurar la dictadura fascista y para quebrar la marcha de la revolución democrática y de su transformación en revolución socialista. Por eso debemos convertirnos en los mejores campeones de la defensa de todos y los más mínimos problemas de la revolución democrática. Luchar por ellos es hoy, más que nunca, abrir nuevos cauces para el triunfo de la revolución socialista. Reforzar nuestros lazos con las amplias masas campesinas; colocar el problema de la tierra en el centro de las tareas de la revolución, así como el problema nacional; ampliar el frente revolucionario con todos los que están dispuestos a la lucha contra el fascismo, sembrar España entera de Alianzas Obreras y Campesinas, son las tareas fundamentales para el momento actual en España. Por eso nuestras conclusiones de este Congreso y del discurso del camarada Dimitrof, que declaramos corresponden en absoluto a las exigencias y necesidades de la lucha en nuestro país, son las siguientes:

Hacer de la organización de las Alianzas Obreras y Campesinas el eje de toda la actividad política de nuestro Partido. Dotar a estas alianzas de un programa revolucionario de lucha, y convertirlas de hecho en los nervios vitales de todo el movimiento de

frente único de los obreros y campesinos, de las amplias masas explotadas y atraer a ellas a nuestros camaradas anarquistas, convertirlas en órganos vivos de lucha. (Aplausos.)

Realizar sobre la base de este frente único proletario la unidad de todos los antifascistas, creando y reforzando el Frente Popular Antifascista, que, apoyado en los objetivos comunes a todos, pueda ser la base de la formación del Gobierno popular antifascista. Este Gobierno, al apoyarse sobre las Alianzas Obreras y Campesinas, quebrará la resistencia del fascismo y los ataques del capital, despejando así la perspectiva para el desarrollo ulterior de la revolución.

En el terreno sindical, marchar audazmente —venciendo el sectarismo— hacia la fusión de los Sindicatos paralelos en cada localidad, hacia la creación de un solo Sindicato por industria y una sola central sindical de lucha de clases, y a convertir, como justamente indicaba el camarada Dimitrof, nuestras O.S.R. en verdaderas alas de izquierda dentro de las organizaciones sindicales reformistas.

Al mismo tiempo, colocar en lugar preeminente el problema de la creación de un solo Partido revolucionario del proletariado, venciendo los últimos escrúpulos de los valientes obreros socialistas y de los luchadores de octubre, yendo hacia la unidad orgánica con aquellas indispensables y mínimas garantías de los principios revolucionarios. Y en lo que concierne a nuestras Juventudes y a las Juventudes Socialistas, debemos caminar con paso de gigante para fundirlas en una organización que abarque en su seno a toda la juventud antifascista.

Tal debe ser nuestra perspectiva actual en España.

Y termino. Pero en mis últimas palabras quiero referirme a la grandiosa significación del VII Congreso de la I.C., que en

sus deliberaciones nos traza la perspectiva clara y precisa para el desarrollo de todo el movimiento revolucionario mundial, y que particularmente para España es de valor incalculable. Ellas nos muestran luminosamente el camino del frente único y la gran perspectiva de los soviets, de la victoria de la revolución. Saludamos jubilosamente el que en el ambiente de nuestro Congreso floten, desde el principio hasta el fin, las célebres palabras del camarada Stalin, de que: «La idea del asalto al Poder madura en la conciencia de las masas». Nosotros, comunistas de España, cobramos nuevas energías ante el hecho de que nuestra Revolución haya mostrado, por primera vez en la historia, cómo se derrumba una dictadura fascista como la de Primo de Rivera. Es decir, la Revolución española en el año 1930 y 1931, cuando la relativa estabilización capitalista tocaba a su fin, ha derroca-

do el fascismo en España. Actualmente, la contrarrevolución se ha levantado, tratando de recuperar lo perdido; pero de nuevo el proletariado de España y de nuestro Partido, que sabrá corregir sus errores sobre la base de la rica experiencia y enseñanza de este Congreso, hundirán definitivamente al fascismo, derrocaremos el Poder burgués-terrateniente y faremos triunfar la Revolución obrera y campesina. (Aplausos.)

Firmes en esta convicción, saludamos los grandiosos triunfos del socialismo en la Unión Soviética, y con las banderas de Lenin y de Stalin, más altas que nunca, marchamos hacia la victoria de los soviets en España.

¡Viva el VII Congreso de la I.C.! ¡Viva el jefe del proletariado mundial, camarada Stalin! ¡Viva la Revolución obrera y campesina de España! (Clamorosos aplausos.)